

Actividades económicas

La economía es una de las actividades básicas de cualquier comunidad humana, está en continua transformación y sujeta a continuas evoluciones, pues en ella intervienen muchos factores como el tipo de hábitat, su demografía y su situación dentro del territorio, las innovaciones por las influencias exteriores, el grado de tecnología de las herramientas, la importación de objetos, la incidencia del comercio, etc. Para el intento de reconstrucción de la economía del poblado de La Custodia prescindimos de la información proporcionada por las fuentes literarias de los escritores latinos, suficientemente conocida y difícil de aplicar en nuestro territorio por ser tardía, y nos basamos en la información proporcionada por los materiales arqueológicos que ponen de manifiesto las diversas actividades de subsistencia, el artesanado y el comercio. Tampoco centramos el tema en unos siglos determinados, sino que ofrecemos una panorámica general. Las actividades económicas de los poblados prerromanos de ámbito celtibérico son continuadoras, en cierto modo, de los esquemas de vida propagados por sus inmediatos predecesores durante el Bronce Final-Hierro I.

1. LAS BASES DE SUBSISTENCIA

El asentamiento de La Custodia responde a un modelo de hábitat y de economía sedentario en el que las diversas actividades se destinarían al autoconsumo. Como en la mayor parte de las comunidades antiguas, la economía se basaba principalmente en la agricultura y en la ganadería sobre otras actividades, como la caza y la pesca.

Agricultura y ganadería

Indudablemente que, dada la situación del poblado en un valle fluvial con tierras llanas, sedimentarias, la mayor parte de sus pobladores tuvieron que estar relacionados con la agricultura y llegar a ser esta actividad la base principal de su economía. La introducción de las herramientas de hierro, ya bastante perfeccionadas, potenció un mejor y más extenso cultivo de las explotaciones, y las rejas de arado, hoces y podaderas, que hemos descrito,

comprueban la realización de las distintas labores de labrado, escarda y siega. El espacio agrario del poblado, por lo que atañe a sus tierras periféricas cercanas, no sería muy distinto del actual, pero con una mayor extensión dedicada a bosque, sobre todo ripícola, y a pastos. Desconocemos totalmente el sistema de propiedad de la tierra, si era comunal, de tipo colectivista, o pertenecía a unas élites; lo que sí se comprueba son los numerosos hallazgos de molinos harineros por todo el poblado, cada casa dispondría de uno propio, lo que da a entender que cada familia cultivaría sus propias tierras.

El cultivo de los cereales, dadas las actitudes físicas favorables del terreno, jugó un papel muy importante para la subsistencia, y debió de ir en aumento al crecer paulatinamente la población, de tal manera que, como se sabe, cuando Roma conquistó la región interior del Ebro la agricultura cerealista era la principal fuente de riqueza y el cereal fue exigido a las diversas tribus como tributo. Posiblemente, el apero de labranza que más perfeccionaron fue el arado de largo timón y cama curva, está representado en el anverso de una moneda con la leyenda ibérica de *Uarakos*, acuñada en el poblado (Fig. 472).



Fig. 472. Moneda de *Uarakos* con arado.

La molienda del grano de los cereales fue una actividad familiar y queda suficientemente atestiguada por los numerosos molinos de piedra, que se han recogido por todo el asentamiento. Se trata tanto de molinos barquiformes, también llamados de vaivén, como de los de tipo circular o rotatorio que gira sobre un eje central, movido a mano por una sola persona, y que supuso en la II Edad del Hierro un gran avance técnico (Figs. 473-474). Asimismo, muchos de los grandes dolios o tinajas, empotrados en los pavimentos de las viviendas, sirvieron, entre otras finalidades, para almacenamiento de granos.

El cultivo de cereales es aún más patente al haberse recogido semillas de trigo y de mijo carbonizadas (Figs. 475-476). Distintas variedades de trigo se han encontrado en algunos yacimientos del Valle del Ebro, en el cercano de La Hoya trigo, cebada, mijo e importantes cantidades de bellotas. La cebada, ya presente desde el Neolítico, y muy cultivada por celtas e iberos, no sólo servía como alimento, sino también para la fabricación de cerveza, primera bebida alcohólica autóctona conocida.



Fig. 473. Molinos barquiformes.



Fig. 474. Molinos giratorios.



Fig. 475. Semillas de trigo.



Fig. 476. Semillas de mijo.

El vino, contra lo que pueda parecer, fue una bebida exótica y de lujo, que llegó al poblado como consecuencia de la Romanización, pues el cultivo de la vid y la fabricación autóctona del vino parece que no puede comprobarse hasta mediados o finales del siglo I a. de C. Al principio, durante cerca de siglo y medio, se consumió vino itálico por militares, funcionarios y élites autóctonas y hacia el cambio de era comenzaron los vinos de la Tarraconense a competir ventajosamente con los foráneos. Ambos vinos llegaban a los enclaves del Valle del Ebro transportados en ánforas especiales, la forma Dressel 1 fue la más utilizada. Precisamente un ejemplar casi completo de ánfora de esta forma, y varios

fragmentos, comprueban en nuestro poblado el consumo del vino itálico¹ (Fig. 477). No se tardaría mucho en introducir el cultivo de la vid, dadas las buenas condiciones climáticas y edafológicas para su cultivo. Actualmente, la mitad de las fincas que conforman el yacimiento está dedicada al cultivo de la viña.



Fig. 477. Ánfora vinaria romana.

Asimismo, el olivo y el aceite tuvieron en el Valle del Ebro un proceso de implantación similar al vitivinícola. Al principio se importó el aceite itálico, transportado en ánforas especiales, para las necesidades de la población alógena, que vino tras la conquista, luego llegó el de la tarraconense, y, por fin, se implantó el cultivo del olivo en los suelos cascajosos para un buen rendimiento, que ha llegado hasta nuestros días, incluso en el mismo poblado. Desconocemos si algunos fragmentos de ánfora pertenecieron a vasijas destinadas al transporte de aceite. Así, quedó completada la trilogía de la agricultura mediterránea: cereal, vid y olivo.

Aunque, como hemos visto, la agricultura fue totalmente de secano, es seguro que se completaría con el cultivo de algunas frutas, y sobre todo de hortalizas de regadío, aprovechando el agua de los mismos riachuelos que bordean al asentamiento.

¹ ESPINOSA, U., "Actividades económicas", *Historia de la ciudad de Logroño*, Zaragoza, 1995. T. I, pp. 179-188. Han aparecido ánforas en Varea y en La Aguadera de Viana, probablemente de vino tarraconense.

La ganadería constituyó una actividad económica fundamental como fuente de riqueza, complementaria de la agricultura, y base de la alimentación de los indígenas. Las proteínas animales fueron un alimento básico en la dieta alimenticia, pero además, algunos animales eran absolutamente necesarios como medio de transporte, fuerza de trabajo y como materia prima, hueso y cuero, para la confección de determinados objetos. Es lógico que las tierras periféricas al poblado se dedicaran primordialmente a la agricultura y que las algo más alejadas a pastos. Los huesos de las distintas especies animales, recogidos en prospección superficial, no ofrecen garantía de antigüedad para relacionarlos con determinados animales, por ello no han sido analizados. Pero en el cercano poblado de La Hoya aparecen restos de caballos, ovicápridos, cerdos, perros, gallinas y asnos.

La importancia de la ganadería en el poblado queda reflejada en las abundantes representaciones iconográficas realizadas sobre distintos soportes. Los animales más representados son el caballo, el toro, el jabalí o verraco y el carnero, bestias que, en aquella sociedad ganadera, fueron sinónimo de riqueza y prosperidad y de base importante de alimentación.

El animal más reproducido fue el caballo, y así lo constatamos en las fíbulas, téseras de hospitalidad, campanitas, estelas funerarias y monedas de Uarakos e igualmente disponemos de algunos elementos de sus arreos. Y es que el caballo domesticado representaba la riqueza patrimonial y llegó a ser un instrumento de lujo de las elites sociales al estar implicado en las actividades de la guerra y de la caza, que lo distinguían del sentido productivo de otras especies. Además, habrá que tener en cuenta su trasfondo religioso y cultural, del que luego se tratará.

Otro animal preferido fue el buey o toro, símbolo de la fuerza, insustituible para el arado de la tierra, vinculado a cultos de fertilidad, animal fundamental en la economía como padre del rebaño, representado en las fíbulas y téseras de hospitalidad. Finalmente, el cerdo o jabalí, de gran importancia económica, social e ideológica, recordamos el culto al verraco, que fue reproducido en algunas fíbulas. A estas representaciones zoomorfas hay que añadir el hallazgo de pequeñas campanitas o esquilas de forma cónica o troncopiramidal, que probablemente llevaron colgadas algunos animales y que pudieron tener carácter profiláctico.

Caza y pesca

La caza, actividad ancestral del hombre, fue una fuente más de subsistencia complementaria de la ganadería, y los abundantes y frescos sotos de los riachuelos y del Ebro, las llanuras boscosas, zonas endorreicas y montes del entorno proporcionarían caza mayor, como ciervos, corzos y jabalíes, y otros animales menores: anátidas, perdices, zorros, conejos y liebres, zorzales, córvidos, etc. Estas piezas menores siempre han constituido y constituyen la reserva cinegética habitual en estos parajes. Algunos de estos animales, además de su aporte a la dieta alimenticia, proporcionaron pieles y materia prima córnea para la elaboración de mangos de herramientas, este último hecho comprobado. Independiente del valor alimenticio de la caza, habría que resaltar el gusto de los indígenas por la práctica de la caza y el sentido ritual de la misma.

Han sido recogidos colmillos de jabalí y cuernas de ciervo, una de estas últimas sirvió para confeccionar un mango probablemente de hoz (Figs. 478-480). Los jabalíes están representados en algunos tipos de fíbulas y en alguna de ellas asociado con el caballo.

Como es lógico en los pueblos pastores, la honda desempeñaría un buen papel, no sólo en las acciones bélicas, sino en la caza de algunas especies pequeñas, los proyectiles de plomo, destinados a ser arrojados por dicha arma, son muy abundantes en el poblado. Para la caza mayor a caballo y con la ayuda de perros y personas pudieron utilizar las lanzas y jabalinas que asimismo se han recogido. Una estela de piedra, probablemente sepulcral, recoge una escena de caza en la que aparece un jinete a caballo con lanza y un perro.

Otra actividad con fines prácticos y utilitarios fue la pesca, buen recurso alimentario para las clases indigentes. Disponemos de algunas conchas y moluscos, que seguramente proceden del Ebro o de la cercana laguna de Las Cañas, y se han recogido algunas pesas de red, piedras redondeadas con perforación que servían para hundir la red en el agua o el sedal con un anzuelo en su extremo (Fig. 481).

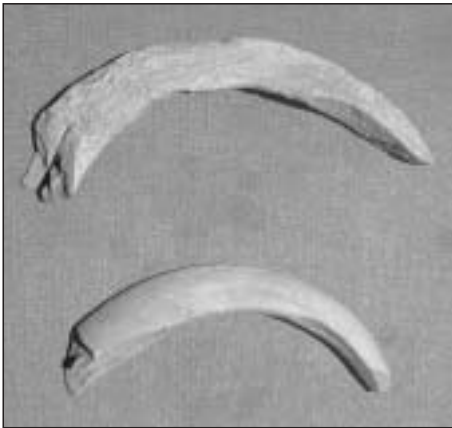


Fig. 478. Colmillos de jabalí.

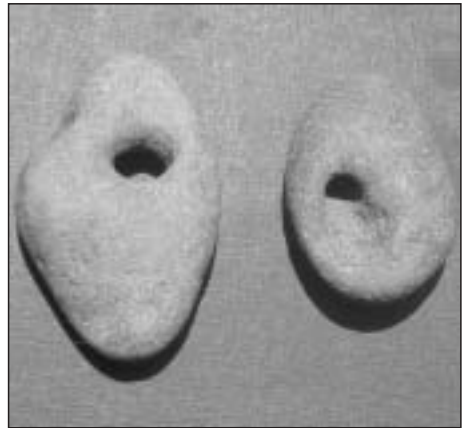


Fig. 481. Pesas de red.



Fig. 479. Cuernas de ciervo.



Fig. 480. Enmangue de hoz.

2. ACTIVIDADES ARTESANALES Y ARTÍSTICAS

Dada la cantidad de restos materiales que se han hallado, podemos afirmar que ciertamente La Custodia fue un gran centro de producción artesana en sus diversas modalidades metálicas y cerámicas, en algunos casos alcanzó una verdadera industrialización del producto y en otros logró tal perfección, que pueden considerarse como pequeñas obras de arte.

Minería y metalurgia

La actividad metalúrgica fue muy importante y de gran trascendencia económica en el poblado, a juzgar por las muchas piezas recogidas que fueron fabricadas en diversos metales. Sus artesanos dominaron la metalurgia del hierro y del bronce, pero también trabajaron el plomo y los metales preciosos, el oro y la plata.

Tenemos pruebas para confirmar la existencia de talleres de fundición de metales, pues son abundantes los hallazgos de escorias de hierro (Fig. 482), asociadas a un horno, diseminadas por el asentamiento, a lo que hay que añadir la aparición de tortas y de pequeños lingotes de plomo (Figs. 483-484) y de algunas piratas de hierro-cobre cristalizadas en cubo (Fig. 485). Pero la mejor prueba ha sido el hallazgo de los moldes para fundir las piezas.

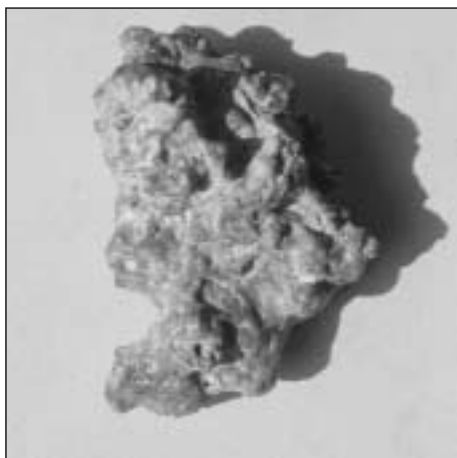


Fig. 482. Escoria de hierro.

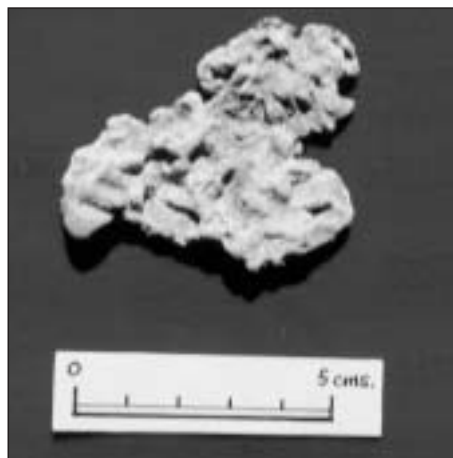


Fig. 483. Plomo.

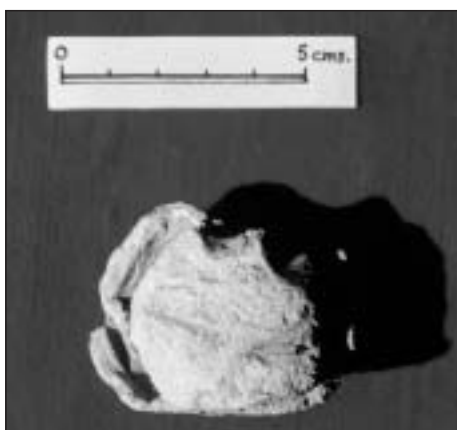


Fig. 484. Plomo.



Fig. 485. Pirita en cubo.

Respecto al aprovisionamiento del mineral hierro, siempre se suele citar el que procedía del Moncayo y su entorno. Sus óptimas calidades lo hicieron muy exportable a través del comercio por las comunidades del Valle del Ebro y, tras un buen proceso de elaboración, fueron famosos los aceros y armas de Bilbilis y Turiaso, alabados por Plinio.

La metalurgia del bronce se inició en la Cuenca del Ebro en el Bronce Final por influencia de algunas gentes que penetraron por los pasos pirenaicos. En el poblado de La Custodia se desarrolló especialmente la metalurgia en la época celtibérica, y los artesanos dispusieron de tal cantidad de piritas, tortas y lingotes metálicos, que fueron capaces de abastecer a la comunidad no sólo de objetos más o menos necesarios, sino también de adorno y de lujo. Igualmente, venderían sus productos en la zona.

Los artesanos elaboraron en bronce casi todos los elementos relacionados con la vestimenta, como todos los tipos de fíbulas, los botones y los broches de cinturón, así como los variados objetos de adorno, colgantes y amuletos, collares, anillos y pulseras, las téseras de hospitalidad y algunas armas, como las lanzas. Incluso se detectan algunas vasijas. La aleación ternaria de cobre, plomo y estaño sirvió para la acuñación de las monedas de Uarakos.

La fundición de algunas piezas se consiguió, tras alcanzar el grado suficiente de fusión del metal, introduciendo el líquido en moldes univalvos o bivalvos de piedra arenisca o de metal o por el sistema de la cera perdida. Una vez sacadas las piezas del molde, se podían martillar en caliente, para corregir y redondear algunas formas, o en frío, para eliminar las rebabas de las juntas mediante limas. Otras piezas fueron trabajadas manualmente sobre placas, vástagos y simples varillas.

Como pruebas de la metalurgia del bronce en el poblado podemos aportar un molde en piedra arenisca para fundir varillas o agujas y el puente de una fíbula, tipo torrecilla, desechado tras su fundición sin terminar de ejecutarlo, pues carece del orificio en su cabecera para alojar el sistema del muelle y resorte para la aguja (Fig. 486). El haberse encontrado las dos partes correspondientes a una tésera de hospitalidad comprueba que la pieza fue obra local (Fig. 527).

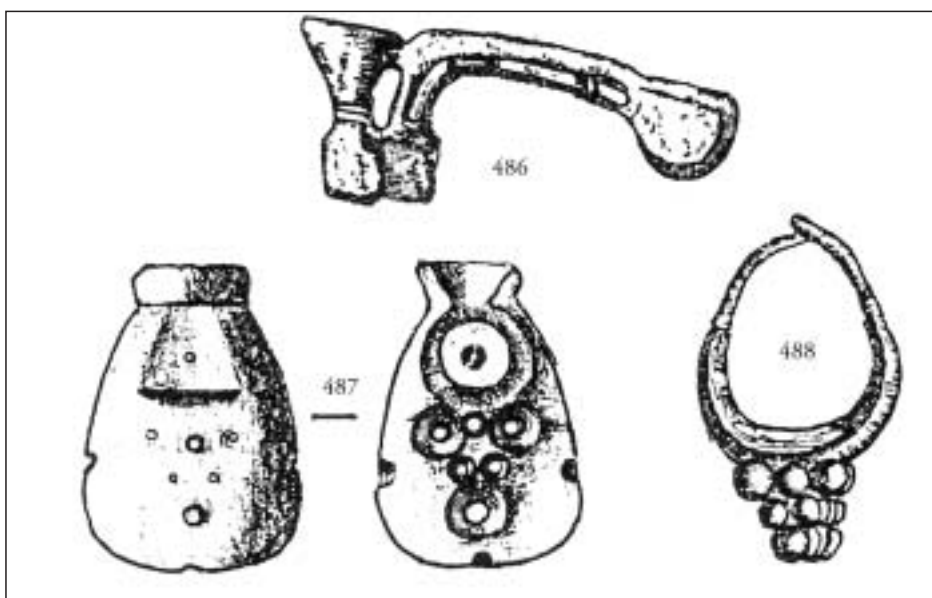
Sería arriesgado afirmar que todas las piezas de bronce fueron fabricadas in situ, pues existió un activo comercio de este tipo de piezas de gran alcance geográfico. Los tipos de fíbula y los objetos de adorno presentan tan grandes similitudes con sus paralelos meseteños y del Valle del Ebro, que se hace difícil pensar en un autoabastecimiento total. No obstante, sí que algunos pudieron ser copias e imitaciones, con pequeñas diferencias, de unos modelos estandarizados y presentes en una amplia geografía. Las piezas completamente originales escasean, y tal vez haya que citar unos pasadores de bronce globulares, a veces rematados en cabezas zoomorfas, para los que no encontramos paralelos en la cultura celtibérica, aquí, en cambio, son abundantes y variados.

Mucho más tarde se desarrolló la metalurgia del hierro, que ni mucho menos eliminó la del bronce. El origen del trabajo del hierro se encuentra en Europa, en Grecia, a través de los ilirios; los primeros objetos de este metal, al principio poco común, hacen su aparición en la Península alrededor del año 1000 a. de C. a través de las colonias griegas por el comercio mediterráneo. Los pueblos célticos adoptaron la tecnología del hierro tardíamente, en la cuenca del Ebro a partir del siglo VIII a. de C., y jugó un papel muy im-

portante en la cultura celtibérica alcanzando un gran desarrollo entre los siglos V-II a. de C.².

En el poblado fabricaron en hierro algunas armas, como espadas, puntas de lanza y regatones, arcos de caballo y alguna vasija, pero sobre todo reservaron este metal para los útiles relacionados con diversos trabajos artesanales y agrícolas y para objetos de ámbito doméstico, como rejas, hoces, picos, hachas, clavos, cuñas, cuchillas, agujas, etc.

El plomo es un metal muy maleable, fácil de manipular, pues funde a baja temperatura, con la ventaja que resiste a la erosión. Su presencia en el enclave viene atestiguada por algunas galletas y pequeños lingotes, materia prima para la realización de algunas piezas. En primer lugar disponemos de dos pendientes, tipo arracada, fundidos en plomo, con decoraciones globulares y en apéndice triangular, y asimismo del molde, realizado en bronce, para la fabricación de uno de ellos (Figs. 487-488). Añadimos un colgante, los numerosos glandes proyectiles que se lanzaban mediante las hondas y las lañas o grapas con que restauraron las vasijas fragmentadas, tanto de almacenaje como de mesa y cocina.



Figs. 486-488. Fíbula inacabada, molde y pendiente.

Los objetos de plata y el oro escasean en el asentamiento, hay que recordar que la ceca de Uarakos no acuñó monedas de plata sino exclusivamente de bronce. El oro tan sólo se ha destinado al chapeado de los motivos decorativos de una lámina, posible broche de cinturón. Un pequeño colgante, una mano, ha sido totalmente realizado en plata y otra pieza de adorno de bronce va chapeada de este metal, y sobre todo ha servido, en forma de hilo, para el nielado de los bellos motivos geométricos de las placas de cinturón.

Las técnicas decorativas de la metalurgia fueron variadas y alcanzaron una notable perfección, a medida que avanzaba cronológicamente la Edad del Hierro,

² RAURET, A.M., *La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*, Publicaciones Eventuales, 25, Barcelona, 1976. PLEINER, R., "Les débuts de la métallurgie du fer chez les Celtes", *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, Paris, 1988, p. 179.

en las fíbulas, objetos de adorno y placas de cinturón. Mediante la técnica de la incisión y el repujado, con punzones aguzados y cortantes, obtuvieron líneas continuas rectas, curvas o en zig-zag, aspas, circulitos y diversos puntillados. En otros casos se observa el empleo de troqueles que, aplicados a la pieza en caliente o en frío, mediante la ayuda de ruedecillas o de golpes respectivamente, produjeron circulitos y perlitas, decoración denominada de *grenetti*, las pequeñas eses tum-badas y otros motivos. La técnica del sogueado está presente al retorcer el hilo de metal para la confección de una pulsera. Por medio del damasquinado embutieron finos hilos y laminillas de plata en los bellos dibujos de entrelazos y otros, producidos por el buril, que sirvieron para decorar las placas de cinturón.

Cerámica

La cerámica constituyó sin duda alguna una de las artesanías más importantes del poblado y muy testificable, ya que sus productos son los elementos de la cultura material que más abundantemente se han recuperado, aunque casi siempre muy fragmentados. La materia prima, la arcilla, abundaba en los alrededores del asentamiento y el otro ingrediente necesario, el agua, en los riachuelos que lo rodean. No han sido descubiertos los posibles alfares. La mayor parte del material conservado lo constituyen las vasijas.

Durante el Hierro I la cerámica fabricada a mano fue una artesanía normalmente destinada a abastecer, en el área limitada del poblado, especialmente las diversas necesidades del consumo familiar, y no sería objeto de comercio. El repertorio de formas y variedades es más bien escaso, sus pastas y superficies presentan coloraciones grisáceas y negruzcas, propias de la cocción en un horno de baja temperatura.

Pero a partir del Hierro II, la aparición del torno por esta zona, hacia el siglo IV a. de C., fue un hecho trascendental, pues permitió en el poblado una producción masiva y altamente especializada, fruto de unos artesanos muy hábiles y organizados. Todo ello supone ya la existencia de alfares industriales, en donde la calidad del producto queda de antemano garantizada, pues se hace una buena selección de las materias primas, el torno permite un perfecto modelado y se dispone de un buen horno que alcanza altas temperaturas.

Como consecuencia de todo ello, el número de formas aumentó considerablemente, y se fabricaron algunos modelos tan estandarizados, que los mismos los hallamos en la mayor parte de los poblados celtibéricos, lo que quiere decir que los modelos consiguieron una amplia difusión geográfica, se imitaron y se copiaron. Pero también hay que resaltar que cada pieza, al ser artesana, es única, y dentro de la misma forma pueden tener pequeñas diferencias morfológicas y sobre todo, cuando la hay, distinta decoración pictórica, que quedaría a gusto y libertad del artesano pintor. Dadas las piezas que se han conservado, sus alfareros alcanzaron un gran desarrollo tecnológico, tanto es así, que, a veces, sus cualidades estéticas las sitúan en el plano artístico. El radio de expansión de estos productos torneados debió de trascender el nivel doméstico y local y llegaría a otros asentamientos de la comarca mediante el intercambio de productos y el comercio.

Los recipientes, fabricados en función del uso al que iban destinados, debían resolver una serie de necesidades de la vida diaria y testimonian las actividades desempeñadas por los moradores del enclave. Se explica que en una economía agrícola y ganadera la cerámica sea un reflejo muy fiel de estas bases de subsistencia. El repertorio de formas del ajuar doméstico de este tipo

de comunidad corresponde a unos usos muy concretos: tales como los cuencos de mesa para consumir los alimentos, las ollas y pucheros de hogar para cocinarlos y las grandes vasijas o tinajas para conservar granos, líquidos, etc.

Estos tipos cerámicos indígenas han tenido una larga perduración y se van repitiendo, más o menos, a lo largo de siglos, mientras existen las mismas necesidades, y constituyen lo que comúnmente se llama cerámica popular; sólo en contados casos llega a ser una vasija, generalmente por su decoración, un objeto artístico y trascender la pura utilidad.

La vajilla llamada de mesa es mucho más esmerada que las demás, tanto por la pureza de sus pastas y fino torneado, los engobes de gamas rosáceas, marrones y grises, y su buena cocción, así como por la decoración pictórica que, en muchas ocasiones, muestra en sus zonas más visibles. Son generalmente recipientes de tamaño pequeño-mediano, de bocas anchas y de poca altura, que se utilizaron para contener y consumir los alimentos y líquidos. Algunos sirvieron, por sus orificios, para colar líquidos, otros con incisiones internas para favorecer la fácil expulsión de alguna especie de torta o de queso y los embudos para trasvasar líquidos; de las jarritas de boca trilobulada se serviría el agua, cerveza o vino a unos vasitos muy pequeños; las copas de pie alto y torneado con esmeradas decoraciones, acompañadas de otras vajillas, se utilizaron en libaciones de carácter ritual (Figs. 489-492).



Fig. 489. Pequeño vaso.

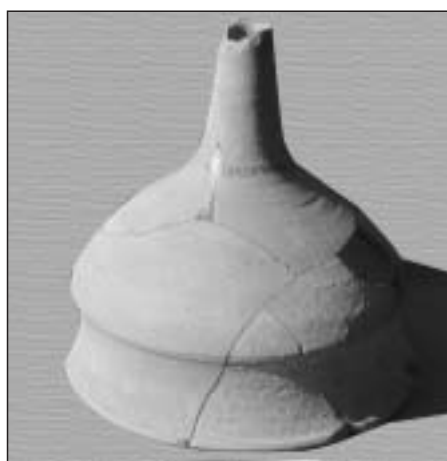


Fig. 490. Embudo.



Fig. 491. Jarra.



Fig. 492. Copa alta.

Otros vasos pertenecen al grupo relacionado con la cocina, están realizados con pastas toscas, desgrasantes perceptibles y superficies sin refinar de coloraciones rojizas y negruzcas; son las ollas y pucheros que estuvieron en contacto con el fuego del hogar y sirvieron para cocinar o calentar los diversos alimentos, y las tinajillas para contener agua y otros líquidos.

Finalmente, otras vasijas, de mayores dimensiones que las anteriores, tuvieron un uso variado, como el abastecimiento de agua desde el río o fuente, pero sobre todo, los grandes dolios o tinajas sirvieron para el almacenamiento de provisiones, como granos, cebada, trigo y mijo, y de líquidos, especialmente agua. Por sus grandes dimensiones permanecían fijas en el suelo, y tienen pastas duras, las paredes gruesas con superficies ásperas, la boca cerrada, panza ancha o cilíndrica y fondo pequeño y plano. Algunas llevaron pequeñas asas de sección circular. Especial atención requieren dos bordes con estampillas rectangulares en las que figuran dos signos ibéricos impresos, y dos letras romanas que, al parecer, comprueban una fabricación en serie de las piezas, pues probablemente se trata de las marcas del ceramista (Figs. 535 y 536).

Nos referimos también a otras producciones cerámicas no vasculares como las cajitas con decoraciones excisas, un pie votivo, las bolas o canicas decoradas con incisiones, y las pesas de telar y fusayolas relacionadas con el hilado y tejido de lienzos. De igual manera, constatamos la escasa presencia de un solo resto de ladrillo, pero, en cambio, abundan los adobes tan endurecidos, que no es posible que solamente fueran expuestos al secado del sol, sino que recibieron alguna cocción elemental en un horno cerámico.

Actividades textiles y otras

No se han recogido restos de tejidos ni de pieles o curtidos, que al ser materias orgánicas se han descompuesto con el tiempo. En cambio, sí disponemos de útiles o herramientas utilizadas para hilar, tejer y coser, actividades tradicionalmente atribuidas a las mujeres y de carácter primordialmente doméstico. La utilización del huso y la rueca se comprueba por el hallazgo de fusayolas cerámicas, también llamadas pesos de huso, de formas circulares y troncocónicas (Fig. 493).

En cuanto a la presencia de telares, contamos con abundantes piezas que sirvieron de peso para tensar la urdimbre, las pesas o *pondera*. Todas ellas están realizadas en cerámica en forma de pirámide truncada, de diversos tamaños y con varias perforaciones en sus caras mayores (Figs. 494-497). A ello hay que añadir alguna aguja tosca de hierro.

Posiblemente, el telar fue de tipo vertical con travesaño superior del que colgaban las pesas para tensar por gravitación los hilos de la trama, y se tejían telas toscas y gruesas cuya materia prima debió de ser la lana y el lino. Con la lana de las ovejas tejerían, entre otras prendas, el famoso sago, o sayo negro y áspero. Esta capa larga, prendida por fíbulas y de origen céltico, fue muy utilizada por los celtíberos y otros pueblos de la Península Ibérica, con frecuencia demandada por los romanos en concepto de botín de guerra y muy alabada por distintos escritores, Estrabón, Posidonio y Livio. Es posible que, asimismo, trabajaran el esparto que, aun actualmente, crece espontáneamente por la zona, sobre todo en suelos salinos.



Fig. 493. Fusayola.



Figs. 494-497. Pesas de telar..

Algunos instrumentos de hierro, como diversas cuchillas y gubias, constituyen la única evidencia del trabajo de la piel y el cuero, destinados principalmente a fabricar calzado, escudos, cinturones, hondas y odres. Las sierras, cuñas, hachas y martillos sirvieron para el laboreo de la madera y leña con un uso muy diverso en la construcción de las viviendas, utillaje de agricultura, empuñadura de lanzas y jabalinas y como combustible. De igual modo, está atestiguado el aprovechamiento de las astas de algunos animales; con una cuerna de ciervo han realizado un empuñadura para una hoz de hierro y un cuerno de cabra ha servido para mango de un cuchillo también de hierro.

La expresión artística

El arte del poblado está ligado a su artesanía, por ser un producto de unos artesanos al servicio de la comunidad, que tiene unas estructuras sociales concretas, unas ideas y unas creencias religiosas, y es, por lo tanto, una de las variadas expresiones de su cultura. Carecemos de las grandes manifestaciones artísticas de arquitectura monumental y de estatuaria y tan sólo podemos presentar lo que habitualmente se conoce como artes menores: una serie de pequeñas piezas que, por su diseño y ornamentación, merecen ser consideradas como auténticas obras de arte. Están casi siempre fabricadas en bronce, rara vez en plata, por la escasez de este último metal.

Nos vamos a referir luego a algunas piezas artesanas muy selectas fundamentalmente de adorno, como fíbulas y placas de cinturón, a la numismática y a esmeradas producciones vasculares y cerámicas, que simbolizan la cultura material de este poblado. Siempre habrá que tener en cuenta que estas piezas no fueron creaciones propias y exclusivas del poblado, sino productos fabricados gracias al contacto con otros pueblos, de los que recibieron influencias directas o indirectas.

Por arte céltico se entiende una forma de expresión plástica y decorativa que fue utilizada durante medio milenio antes de nuestra era por los pueblos célticos que se extendieron desde el Atlántico hasta los Cárpatos. En una gran parte de la Península, a partir del siglo IV a. de C. se desarrolló el arte celtibérico que desaparece con la Romanización.

En el fondo del arte céltico, propio de la II Edad del Hierro, y a partir del siglo V a. de C., están las influencias orientalizantes, griegas y romanas a través de los contactos comerciales por el mundo mediterráneo. En el Bajo Ebro se comprueba el comercio griego y la influencia fenicia que condicionaron lo que iba a ser en el futuro, siglo VI a. de C., el mundo ibérico. Las necrópolis ampuritanas ofrecen hebillas de cinturón, colgantes en forma de carneros o globulares, tipológicamente relacionados con Sicilia Oriental, pero también con las necrópolis etruscas. Junto a los bronce aparecen objetos considerados como fenicios, como las cuentas de pasta vítrea. La influencia griega penetró hacia el interior en dirección Ebro a partir de los siglos VII-VI a. de C.³.

“El arte celtibérico forma parte de un complejo sistema cultural constituido a partir de un largo proceso de aculturación y de evolución, en el que los elementos ibéricos, sobre todo, y también los célticos de la cultura de La Tène jugaron un papel determinante, alcanzando sus más altas cotas desde principios del siglo II a. de C., coincidiendo con la aparición de los oppida y de la organización urbana en la Celtiberia, pero también con el inicio del proceso de romanización”⁴. De entre las muchas piezas que disponemos, a unas pocas de ellas las elevamos a la categoría de artísticas.

– Broche de cinturón (Fig. 498). Placa de bronce de esquinas redondeadas, cabeza triangular y escotaduras. Todo el espacio visible ha sido sabiamente delimitado para su decoración, los frisos de eses tumbadas, también llamadas palmípedas estilizadas, entre líneas paralelas recorren el contorno de la pieza. En el sector de la cabeza se ha representado, por medio de tres eses entrelazadas, la figura de una triple cabeza o trisquele, en el resto colocaron circulitos concéntricos. El sector central se halla subdivido en dos zonas y ornamentado con labores de entrelazo, o motivos de ochos, verticales y horizontales a ambos lados del remache y en las esquinas circulitos. Especial singularidad confieren a esta pieza los remaches bien destacados, a manera de cabezas semiesféricas, con decoraciones de espas o cruces. Goza de gran belleza estética por la combinación de ritmos lineales y curvos y sabia distribución del ornamento. Para su decoración utilizaron diversas técnicas: la incisión y repujado mediante buril para los surcos, el troquel para los circulitos y eses, el remachado para sujetar el garfio y los clavos, pero lo que le dio más riqueza y vistosidad fue el damasquinado con hilo de plata, únicamente conservado en muy pocas zonas. Esta pieza difícilmente pudo ser fabricada en serie por el alto grado de especialización que el trabajo requería. Además, posee una original y compleja ornamentación y aunque similar a otras del poblado y a otras meseteñas, nunca se encuentran dos exactamente iguales, lo que patentiza el individualismo artístico de los indígenas. Se trata de una pieza de carácter suntuario y lujoso, perteneciente a algún individuo de las altas clases dirigentes y que, como veremos después, contiene simbología solar (Fig. 150).

³ KRUTA, V., “L’art celtique laténien du V siècle avant J.C., le signe et l’image”, ELUERE, C., “Orfèvrerie des Celtes anciens et orfèvreries méditerranéennes”, *Les princes celtes et la Méditerranée*, Paris, 1988, pp. 81-93 y 199-221. MALUQUER DE MOTES, J., “El peso del arte griego en el mundo ibérico”, *La Baja Época de la Cultura Ibérica*, op. cit. p. 203 y ss. ROMERO CARNICERO, F., “El artesanado y sus producciones”, *Los celtas en la Península Ibérica, Arqueología*, Madrid, 1991, pp. 82-91.

⁴ LORRIO, A.J., *Los celtíberos, Complutum* extra, 7, Alicante, 1997, p. 250.

– Fíbula de caballito de bronce (Fig. 499). Destaca en esta pieza el alto cuello curvilíneo con amplia zona calada. El hocico de la pequeña cabeza se une a otro hocico de un jabalí o verraco, colocado verticalmente en posición perpendicular al caballo, de tal manera que los dos animales aparecen ensamblados. La mortaja para la aguja se une con las patas delanteras. El breve cuerpo se prolonga hacia arriba en la zona de la cola, fragmentada cerca de arranque, pero que se unía con la pata posterior, ésta con orificio circular para alojar el resorte desaparecido. Las decoraciones consisten en grupos de tres líneas incisas realizadas en diversas partes del animal mediante un punzón: a partir de la cabeza, pata delantera, vientre y cola; asimismo ofrece algunos circuitos concéntricos estampados a lo largo del cuello, tronco y cuartos traseros. Los círculos más exteriores del cuello fueron originariamente orificios provistos de anillitas. En esta pieza encontramos ciertas características muy propias del arte de la Edad del Hierro. La figura del animal no ha recibido un tratamiento naturalista sino convencional, porque se ha sabido elegir los elementos esenciales de algunos rasgos anatómicos para representar el sujeto. Otras características son la gran estilización de líneas que tiende al geometrismo de las formas y los espacios vacíos curvilíneos que proporcionan a la pieza una gran diafanidad. Esta simplificación de formas llegó hasta el extremo de esquematizar tanto la figura del animal, que apenas quedaba reconocible en las llamadas fíbulas esquemáticas (Fig. 130).

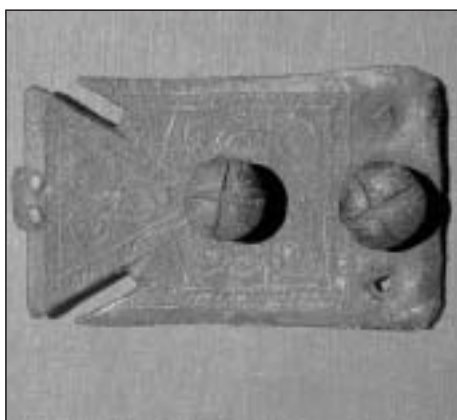


Fig. 498. Broche de cinturón.



Fig. 499. Fíbulas de caballito.

Dechelette considera el tipo de caballito originario de un prototipo de ascendencia etrusca, representado en Marzabotto hacia el 500 a. de C., y que llegaría a la Península con el comercio etrusco o griego⁵. Tanto el propio animal como su asociación a un jabalí o verraco e incluso las decoraciones de círculos tienen connotaciones simbólicas astrales.

– Fíbula zoomorfa esquemática de bronce o, como algunos dicen, degenerada (Fig. 142). El cuerpo de esta fíbula está formado básicamente por un tramo de sección de T invertida, cuyos extremos presentan dos piezas curvas hacia arriba. Los tres planos de dicho tramo llevan hileras de orificios des-

⁵ DECHELETTE, J., "Essai sur la chronologie préhistorique de la Péninsule ibérique", *Revue Archéologique*, 1909, p. 63, *Manuel d'Archéologie, II Archéologie celtique, Premier Age du Fer*, Paris, 1913, p. 853.

tinados a encerrar unas anillas. De ambos extremos parten hacia abajo apéndices, a manera de patas del irreconocible cuadrúpedo, el uno con el orificio que encerró el resorte y el otro con la mortaja que remata en un pequeño orificio. Ha conservado buena parte de las anillas y la parte superior de las piezas de los extremos llevan una cruz o aspa incisa. El artesano ha esquematizado tanto las formas de la figura de un animal, que apenas queda reconocible. Las aspas evocan cultos solares.

– Fíbula anular de bronce con esferitas (Fig. 501). Este tipo se caracteriza porque la cinta del puente se adorna con esferitas sujetas por el sistema de remache. Son las más vistosas de todas las fíbulas anulares. Anillo de sección circular en disminución hacia la cabeza, puente de gruesa lámina algo cóncava que disminuye notablemente en la mortaja, pie estrecho. Se caracteriza esta pieza por su barroca ornamentación: dos series de tres clavos, esferitas, delimitan el cuadrado central del puente de doble línea incisa, otros tres se sitúan en la cabeza y dos en el pie y añade los cordoncillos en relieve del anillo.

– Tésera de bronce en forma de cerdito (Fig. 502). El animal, cortado longitudinalmente, lleva dos orificios circulares que lo atraviesan de parte a parte. Hacia la mitad del lomo y hacia el vientre acanaladura. Estéticamente es de gran belleza por su nítido diseño y por el sabio esquematismo del animal que raya en la caricatura, pues resaltan los cuartos traseros, el gran morro con el hocico marcado, las pequeñas orejas y sus cortas y puntiagudas patas. Estas características morfológicas, aunque exageradas, corresponden a las del cerdo de raza celta llamada “large Withe o York”, abundante en la zona norte de la península. Por la superficie plana interior lleva grabada la inscripción en letras ibéricas que formalizaba un pacto (Fig. 524).



Fig. 501. Fíbula anular.



Fig. 502. Tésera.

– Pendiente en forma de arracada de plomo (Fig. 503). Consta de un cuerpo anular de sección circular con los extremos adelgazados, de su parte inferior cuelga un apéndice a manera de racimo, formado por seis bolitas a cada lado, la última de mayor tamaño, dispuestas en forma triangular. Sus prototipos se encuentran en Oriente, aparecen en las costas fenicias a partir del siglo X a. de C. y posteriormente en las culturas griega y etrusca. Probablemente, desde aquí pasaron a la cultura del Hallstatt, aunque igualmente

aparecen en yacimientos tartésicos y orientalizantes de la Península Ibérica y en la cultura castreña y Meseta Norte. Recordamos que fue encontrado un molde para su fabricación⁶.

– Colgante de plata en forma de mano (Fig. 504). Se trata de un amuleto para protegerse del mal de ojo que representa la higa, una mano cerrada con el dedo pulgar entre el índice y el corazón apuntándolo hacia adelante; de esta forma se quiere representar la unión de los órganos genitales de los dos sexos humanos. La parte superior va provista de una argolla para la suspensión y la cara del reverso es completamente plana. La pieza, de tan sólo 15 mm. de longitud, está exquisitamente modelada.



Fig. 503. Pendiente arracada.



Fig. 504. Manecilla colgante.

– Campanilla de bronce (Fig. 505). Probablemente también usada como amuleto para proteger a los animales, tiene forma de cono alargado y estrías dobles en las zonas ancha y estrecha, pero lo que más llama la atención es la zona de la doble asa, resaltada artísticamente por el artesano con remates de cabecitas de caballo en relieve con un diseño muy estilizado.

– Pasadores de bronce (Figs. 506-507). Son piezas esmeradas con espacios abiertos para sujetar correas. El vástago lateral de uno de ellos ha recibido un tratamiento exquisitamente abalaustrado que remata en los extremos por dos cabecitas de monstruo. El otro ejemplar ofrece dos glóbulos con cabezas de carnero en los extremos y adornos de circulitos concéntricos.

– Cabeza de bronce (Fig. 508). Está cortada longitudinalmente, puede tratarse de una tésera de hospitalidad anepígrafa, de un exvoto o de un aplique. El cabello, tratado severamente en mechones oblicuos, recuerda a algu-

⁶ BLANCO FREIJEIRO, A., "Origen y relaciones de la orfebrería castreña", *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XII, Santiago, 1957. LÓPEZ CUEVILLAS, F., *Las joyas castreñas*, Madrid, 1951. MALUQUER DE MOTES, J., Varia, "Nuevos hallazgos en el área tartésica", *Zephyrus*, IX, Salamanca, 1958, p. 216. DE LA BANDERA ROMERO, M.L., *La joyería prerromana en la Provincia de Sevilla*, Sevilla, 1989, p. 55 y ss.

nas cabelleras griegas arcaicas. El globo ocular está esbozado en un relieve saliente, la nariz es corta, los labios bien marcados y muy largo el cuello. Su diseño tiende hacia la geometrización. La tendencia hacia la “pars pro toto” es un fenómeno característico del arte céltico. Hay quien opina que no debe hablarse de cabezas cortadas sino de la exaltación de la cabeza en el pensamiento y en el arte de los celtas, manifestada en la frecuencia de las representaciones de los enemigos decapitados, –el rito céltico de las cabezas trofeo– de dioses reducidos a la cabeza o de difuntos⁷.



Fig. 505. Campanilla.



Fig. 506. Pasador.



Fig. 507. Pasador.



Fig. 508. Cabecita cortada.

– Plaquetas de adorno (Figs. 509-512). Con este título genérico agrupamos una serie de placas de bronce, de tamaño muy pequeño, cuya finalidad desconocemos, pero que han recibido una esmerada decoración. Dos son

⁷ LAMBRECHTS, P., *L'exaltation de la tete dans la pensée et dans l'art des Celtes*, Brujas, 1954, 21.

rectangulares, una lleva orificios circulares, dos de ellos remarcados por aspas; la otra, chapeada en plata, se adorna con motivos simétricos de eses afrontadas enmarcadas en rectángulos. Otras dos chapitas tienen formas circulares y decoraciones de numerosos círculos concéntricos incisos, una de ellas añade abundantes glóbulos macizos sujetos por la técnica del remache.



Fig. 509. Placa rectangular.



Fig. 510. Placa con motivos circulares.



Fig. 511. Placa con adornos de plata.



Fig. 512. Placa con esferas.

– Numismática (Figs. 463-468). Mención especial merecen las monedas de bronce, ases, de Uarakos, con una tipología variada, pues utilizaron varios cuños. Todas exhiben en el anverso una cabeza varonil barbada o imberbe, con torques al cuello, y delfín, arado o palma y letras ibéricas. El tipo de cabeza es variado, algunas de un arte más o menos clásico, otras, en cambio, de diseño muy tosco; debió de depender del modelo que imitaron y, por supuesto, de la habilidad y técnica del que realizaba los cuños. En los reversos aparece el jinete lancero o con espada corta y la leyenda Uarakos con signos ibéricos.

– Pintura (Fig. 513-516). Un arte desarrollado en el poblado fue la pintura sobre algunos vasos cerámicos, únicamente algunas de las formas más esmeradas recibieron decoración pictórica. Por encima de todo se trata de una pintura ornamental y geométrica, en la que mediante el combinado de líneas, triángulos y diversos motivos curvilíneos consiguieron bellos efectos estéticos. Se aprecia el gusto por las composiciones simétricas respecto a un eje horizontal que circunda la parte más visible de la vasija, se atiende al marco, a veces muy bien definido, y al combinar diversos motivos ornamentales evitaron la monotonía. Las molduras y resaltes de algunos vasos contribuyeron a dar mayor realce a la decoración. Al ser una producción artesanal, nunca los vasos recibían idénticos motivos decorativos.



Figs. 513-515. Decoraciones pintadas.



Fig. 516. Decoraciones pintadas.

– Copa de pie alto (Fig. 517). Escogemos esta vasija por ser una pieza de morfología compleja, muy bien torneada con pasta fina anaranjada y estéticamente bella. La amplia base hemiesférica, con el borde hacia afuera, le proporciona estabilidad, el vástago la eleva mediante cuatro anillos y la copa propiamente dicha es carenada con cuello corto y borde hacia afuera. La belleza en sí de esta forma queda resaltada por las decoraciones de finos listeles en relieve en la base del cuello y, sobre todo, por las decoraciones pictóricas. Ocupan éstas la zona del reborde superior e inferior en forma de eses paralelas en grupos a cierta distancia, en la zona del cuello aparecen líneas onduladas y toda la zona más visible de la carena se embellece con semicírculos concéntricos prolongados en líneas rectas, decoración de bastones o jotas. Estas decoraciones, típicas del estilo geométrico del mundo celtizado, se separan por medio de listeles en relieve y han sido realizadas a mano, mediante pincel, en color marrón oscuro.



Fig. 517.
Copa de pie alto decorada.

– Coroplástica. Por último nos referimos a una figurilla exenta que reproduce en barro un torito de factura tosca, como realizado a pellizcos. Posiblemente se trate de un exvoto.

Como resumen, el arte de las piezas escogidas es esencialmente decorativo, utilitario y detallista, que se aplica a objetos de pequeñas dimensiones de uso personal. No son las piezas espectaculares de algunos tesoros meseteños, realizadas en oro y plata; aquí, por la carencia de estos metales, han sido imitadas casi siempre en bronce, pero eso sí, han recibido una decoración personal, individualizada. Más que joyas en sentido estricto, por el obligado uso de materiales preciosos, hay que llamarlas bisutería de calidad en bronce. El bronceista es a la vez orfebre y, a falta de aquellos metales, fue capaz de conseguir un bronce dorado, que daba a las piezas un noble aspecto por los reflejos amarillentos y rojizos similar al oro. La abundancia de estos objetos manifiesta el aprecio que por ellos sintieron sus dueños.

Los motivos decorativos son exclusivamente geométricos, los hay rectilíneos como cruces, aspas, grecas, espinas de pez, dientes de sierra, triángulos y paralelas. Pero los más abundantes son los curvilíneos: gran variedad de círculos, meandros, sogueados, entrelazos, ochos y trisqueles. La fusión de signos y de la imagen es una de las características del arte celta y por ello algunas piezas llevan decoraciones probablemente de valor simbólico.

Esta temática geometrizable, propia del Hallstatt Final y de La Tène, decora también obras de arquitectura y joyas de la cultura de Los Castros, en el noroeste peninsular, y sobre todo joyas, fíbulas, broches de cinturón y armas de la Meseta, cultura de los Verracos. En ambas culturas citadas se encuentran los paralelos y similitudes más claros y evidencian una gran unidad cultural de las zonas celtizadas y celtiberizadas antes de la llegada de los romanos.

Tanto la morfología de las piezas, sobre todo de algunas fíbulas, como su decoración manifiestan influjos lógicos de la cultura de La Tène, pero también de otras culturas. El mundo orientalizante, púnico, se trasluce a través del amuleto en forma de manecilla de plata, muy abundante en Ibiza; las fíbulas de caballito, las anillas colgantes y la abundancia decorativa de círculos y palmípedas o eses apuntan hacia Etruria; en cambio, una arracada con la típica pirámide globular o los rasgos de una cabecita nos llevan principalmente a Grecia. Tampoco descartaríamos influjos del sur hispánico del mundo tartésico.

Los artesanos locales que modelaron las figuritas de caballos, cerdos, toros, etc. fueron creadores de líneas y de volúmenes, estilizaron sobremanera el contorno del animal con nítido diseño y esquematizaron sus volúmenes sobriamente resaltando algunos de sus miembros más característicos. Consiguieron con maestría y buen gusto obras de gran belleza estética. Esta orfebrería hispana tan original, aún a pesar de influencias extrañas, fue degradándose ante los nuevos gustos romanos y acabó por desaparecer.

Una gran parte de las vasijas a torno están decoradas, aunque sea con unas sencillas líneas paralelas pintadas, y no sólo las de pequeño tamaño de galbos esmerados, sino también hasta las grandes tinajas. Los motivos más hermosos y cuidados se aplican casi siempre en la zona del largo cuello y panza que ofrecen mejor visibilidad, por ser la zona más iluminada del vaso. Es-

tas decoraciones quedan resaltadas por medio de líneas horizontales o por baquetones en relieve.

Tras el torneado de la vasija y el alisamiento de la superficie, recibía antes de su cocción los motivos decorativos realizados a pincel, aprovechando para las líneas horizontales el propio movimiento del torno o bien a mano alzada, e incluso utilizaron plantillas y compases. El estilo pictórico es exclusivamente geométrico de líneas rectas, casi siempre paralelas, de diversos grosores, líneas onduladas, círculos concéntricos, semicírculos y jotas, triángulos unidos por los vértices incluidos en metopas, enrejillados, etc. Este estilo, aun a pesar de su rigidez y sobriedad, resulta elegante y original.

3. COMERCIO Y VÍAS DE COMUNICACIÓN

Todas las actividades artesanales y artísticas que acabamos de reseñar implican la existencia de un comercio que es difícil de cuantificar, sobre todo en los periodos de mayor antigüedad. La presencia en el poblado de algunos objetos de procedencia foránea implican la circulación de unas mercancías de lugares, a veces, bien concretos. Pero siempre desconocemos cómo llegaron, si los trajeron las tropas mercenarias o fueron realizados por artesanos ambulantes, si se consiguieron mediante el intercambio con productos locales o se compraron con la moneda emitida en el propio lugar.

El poblado de La Custodia estuvo abierto, comercialmente hablando, tanto a las culturas mediterráneas del Oriente e ibéricas como a las de la Submeseta Norte del área autrigona y otras. Pero lo que sí está claro es la existencia de una importación de productos, que tuvo implicaciones socioeconómicas sobre la población y que además fue uno de los factores de aculturación. Y en primer lugar consiguieron materias primas indispensables como el hierro, plata, cobre, estaño y plomo. La introducción principalmente del hierro, que llegaría vía Ebro de la zona del Moncayo, y su tecnología trajeron consigo la renovación del utillaje agrícola y, en consecuencia, aumentó la producción y posibilitó, además del autoabastecimiento, una economía de excedentes agrarios con los que hacer frente a intercambios de productos.

Existió igualmente una demanda de productos no tan necesarios, pues los llamamos de adorno, como fíbulas, collares, broches, pendientes, etc. que llegarían en un primer momento por la vía del comercio y que suponen contactos con las culturas de otros pueblos. Nos referimos, por ejemplo, a las fíbulas de La Tène con influencias centroeuropeas, a las de caballito con reminiscencias itálicas, etc. Estos productos, al principio exóticos, fueron inmediatamente copiados y elaborados por los artesanos del propio poblado. Solamente así, se puede explicar la uniformidad morfológica de numerosas piezas metálicas ornamentales aparecidas en lugares muy alejados.

De la misma manera, se detecta la importación de objetos manufacturados de lujo traídos necesariamente para una minoría rica, que supone la existencia en el poblado de una estratificación social. Son productos nuevos, atractivos, de pequeño volumen, que sirvieron a sus dueños para reforzar el estatus, son los llamados bienes de prestigio. Y entre ellos citamos las cuentas de collar de pasta vítrea, los cazos de bronce, las cerámicas campanienses. Entre estos productos de lujo podemos incluir la importación de vino y de aceite de origen itálico, por el hallazgo de ánforas de tal procedencia. El control

de estas importaciones debía de estar en manos de los individuos de mayor consideración social.

Esta demanda de objetos extraños tuvo que estar necesariamente respaldada por una serie de productos agropecuarios y derivados, que permitieran realizar los intercambios antes de la tardía introducción de la moneda. Podemos anotar que los granos serían el principal producto de trueque, pues la producción cerealista del Valle del Ebro fue muy importante, y que vendría en segundo lugar la ganadería con sus derivados de lana y pieles. Probablemente pudieron intercambiar algunos objetos metálicos fabricados por los artesanos locales y de fácil transporte, pues la regularidad de los tipos de muchos de ellos supone talleres especializados y quizá algunos vasos cerámicos, éstos por su fragilidad en una geografía mucho más reducida. La abundante producción de piezas metálicas y cerámicas desborda el consumo local y testimonia un comercio exterior.

Las consecuencias de todo este comercio no serían únicamente económicas para la comunidad indígena del poblado, con substrato en la Edad del Bronce, sino que indudablemente produjeron cambios profundos en las tradiciones culturales al entrar en contacto con otros pueblos, celtas, iberos, quizás tartésicos, y sobre todo con los pueblos colonizadores del Mediterráneo: fenicios, griegos e itálicos. Todo ello permitió el acercamiento a las culturas del mundo clásico. Este comercio debió de ir en aumento paulatinamente desde el siglo IV a. de C. hasta la romanización y cambio de era, pues las relaciones marítimas y terrestres de Hispania con Italia fueron continuas desde el primer momento de la conquista.

La presencia de la moneda en un poblado ha de interpretarse generalmente como señal inequívoca de la existencia de operaciones comerciales y, sobre todo, si el poblado acuña moneda propia. El catálogo monetar de La Custodia alcanza 143 ejemplares, 139 con leyendas ibéricas, entre éstas 6 de la ceca *Uarakos*, identificada con Vareia, que pertenecen a dieciocho cecas distintas. Predominan las de Ba(r)skunes con 52 ejemplares. Únicamente se han recogido 4 monedas con rótulo latino. La procedencia geográfica de este numerario con epígrafes ibéricos es muy extensa, pues abarca desde el Mediterráneo hasta la Celtiberia, pero sobresale la Cuenca del Ebro. Este gran número de cecas comprueba unas relaciones comerciales no sólo con zonas cercanas, como es el caso de Baskunes, sino, sobre todo, con otros puntos más alejados de la meseta, la costa catalana y los diversos pueblos de la cuenca del Ebro.

Siempre el comercio va unido a las vías de comunicación. Las grandes vías naturales de comunicación utilizadas por el hombre, sobre todo en la antigüedad, han sido las que siguen el trazado de los ríos principales y sus afluentes. Y por lo que aquí atañe, el Ebro fue el gran cauce de comunicación hacia otras tierras y culturas, por esta vía vinieron muchos productos e influencias y se generó un activo comercio. Como es sabido, fue navegable desde Vareia hasta su desembocadura, según la cita de Plinio el Viejo: "El río Ebro, rico por su comercio navegable, que tiene su nacimiento entre los cántabros... y recorre una extensión de 450.000 pasos hasta su desembocadura, puede ser surcado por barcos por espacio de 260.000 pasos a partir del oppidum de Vareia". (Plinio, *Nat. Hist.*, III, 3,21) Mediante estos barcos, de poco

calado y de reducida carga, se daría salida a los productos agrícolas de la región.

Otros caminos secundarios constituyeron una parte importante en la red viaria para enlazar con las vías principales. Probablemente, ya desde la más remota antigüedad, una vía natural ponía en comunicación el norte navarro, a través de su zona media, con el suroeste del Ebro. Esta vieja ruta prerromana, al igual que otras muchas de otros lugares, debió de ser posteriormente adaptada y mejorada por la administración romana y su ejército de conquista para servir mejor a sus intereses en cada momento: facilitar el traslado rápido de sus tropas a los frentes de lucha, transportar mercancías y controlar el territorio. No siempre se ha de pensar en calzadas totalmente enlosadas, siguiendo las pautas de la ingeniería romana, bastaría el camino prerromano más o menos mejorado con el firme bien apisonado y asentado⁸. Significativos hallazgos arqueológicos jalonan este camino.

La calzada de Vareia-Pompaelo, citada hipotéticamente por Taracena⁹, seguiría el actual recorrido de Logroño a Pamplona. Parece ser posterior a la fundación de Pompeyo de esta última ciudad en el año 74 a. de C. y ponía principalmente en comunicación el territorio de los berones con la capital de los bascones. Su entrada desde Pamplona en el término municipal de Viana se efectuaba por la Hoya de Cornava, con restos romanos y medievales, en donde algunos sitúan la ciudad de Curnonium. Más adelante, por la llanada a los pies de Viana, actual ciudad, alcanzaba La Custodia, Vareia prerromana, y la Vareia romana al otro lado del Ebro, por los pasos sobre este río o por el puente romano de Logroño, o bien se encaminaba por Oyón al puente de Mantible (Asa) sobre el Ebro.

De igual manera, era posible conectar la referida calzada con la vía hacia Jaca y Somport a la altura de Puente la Reina; abundantes restos arqueológicos de diversa índole lo comprueban y en especial la aparición de miliarios, a partir de Oteiza, Andión, Eslava, Lerga, Sangüesa, Javier¹⁰.

Sobre la antigua vía de Pamplona a Vareia quedó en la Edad Media calcado el Camino de Santiago que, a su paso por Viana, aún hoy deja a un lado el poblado de La Custodia y tras pasar el despoblado e iglesia de Cuevas, citado en las guías de peregrinos, se encamina, bordeando el monte de Cantabria, al puente de Logroño sobre el Ebro¹¹.

4. LA CECA DE UARAKOS

Diversos autores están de acuerdo en que las monedas con la leyenda ibérica UARAKOS pertenecen, por su parecido lingüístico, a una ceca identificada con Vareia, topónimo transmitido por las fuentes clásicas, ca-

⁸ SAYAS ABENGOECHEA, J.J., *Los vascos en la antigüedad*, Madrid, 1994, p. 120 y ss.

⁹ TARACENA, B., "Restos romanos en La Rioja", *AEArq.* xv, Madrid, 1942, p. 38 y ss. VILLACAMPA RUBIO, M.A., *Los Berones según las fuentes escritas*, Logroño, 1980, p. 80. PASCUAL FERNÁNDEZ, J.M. y ESPINOSA RUIZ, U., "Aportación al estudio de la Vías Romanas en el Ebro medio. Desembocaduras del Iregua y del Leza", *Berceo*, 10 1, Logroño, 1981, pp. 69-88.

¹⁰ SAYAS ABENGOECHEA, J.J. y PEREX AGORRETA, M.J., "La red viaria de época romana en Navarra", *1 Congreso de Historia General de Navarra, PV*, 2, Pamplona, 1986, p. 60 3 y ss.

¹¹ LABEAGA MENDIOLA, J.C., CARIÑANOS, F., SÁINZ RIPA, E. y SÁINZ RIPA, P., *Santa María de Cuevas en el Camino de Santiago*, Logroño, 1991.

pital de los berones históricos. Tal leyenda, con el etnónimo de la población, es la mención más antigua de esta ciudad. Asimismo, el análisis lingüístico del término apoya aquella identificación, se trata de un nominativo plural temático, kos, de los gentilicios derivados de las palabras con tema en -a.¹² (Fig. 518).

“Si se acepta que el topónimo romano no es más que una latinización del indígena, Uarakos puede perfectamente corresponder al topónimo latino Vareia, del mismo modo que Contrebacos equivale a Contrebia”¹³.

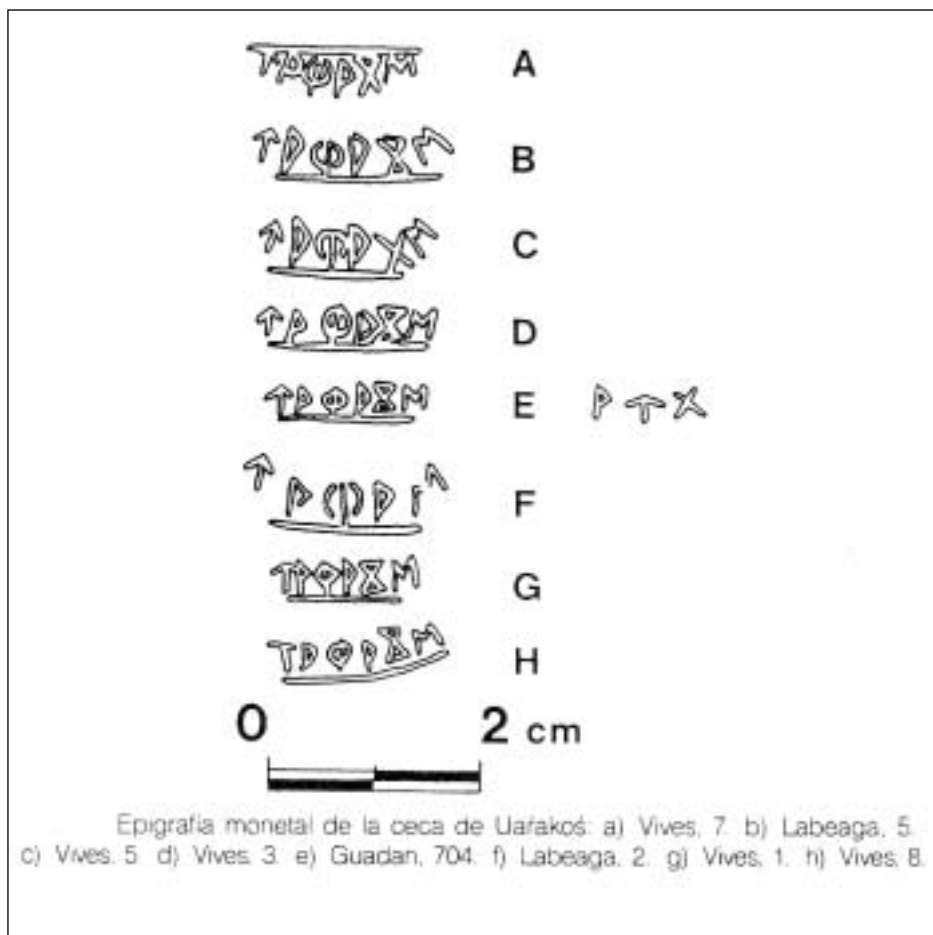


Fig. 518.

¹² MARTÍN VALLS, R., *La circulación monetaria ibérica*, Valladolid, 1967, 286; BELTRÁN, A., “Algunas cuestiones sobre la localización de cecas ibéricas en relación con la zona de La Rioja”, *Cuad. de Inv. (G. e H.)* II, 2, Logroño, 1976, 35.

¹³ UNTERMANN, J., “Zur Gruppierung der hispanischen Reitermünzen mit Legenden in Iberische Schrift”, *MDAI(M)*, 5, 1964, Karte 14, Karte 15; *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, I, Die Münzlegenden, Wiesbaden, 1975, 277 e infra p. 81 y ss. Citado por MARTÍNEZ CLEMENTE, J., “La ceca prelatina de Uarakos”, en *Historia de la ciudad de Logroño*, T.I, Zaragoza, 1995, p. 69. Seguimos este último trabajo en su totalidad.

Esta ceca acuñó muy poca moneda y siempre en bronce, ases sin divisores, y total ausencia de amonedaciones en plata. A principios de siglo tan sólo se conocían 8 ejemplares¹⁴, posteriormente se ha aumentado el catálogo hasta 22, que en ningún caso formaban parte de tesorillos, y únicamente sabemos la procedencia de 9 monedas. De estas piezas de origen conocido, tres de ellas aparecieron en puntos muy alejados de la zona: Capsanes (Tarragona), Somiedo (Asturias) y Burgo de Osma (Soria). El resto, 6 piezas, proceden de La Custodia de Viana¹⁵. Este número tan sólo es superado en este yacimiento por las importantes acuñaciones de Ba(r)skunes, Bolskan, Sekobirikes y Turiasu con emisiones bimetales presentes en todo el Valle del Ebro.

La tipología de estas monedas manifiesta ostensiblemente su relación con las de Bentian, Arsaos, Baskunes, Cueliokos, Tirsos, Okikairum, Umanate y una fase de Turiasu. “Corresponderían a una fase histórica que podría llevarse a los tiempos sertorianos, otorgarían un papel especial a Bengoda (quizá antecesora de Pamplona) con emisión de grandes cantidades de plata para gastos considerables, y tomarían como distintivo de una área perimetral atributos no habituales del jinete, que suele llevar palma o lanza y que aquí adopta espada o dardo”¹⁶.

En los anversos aparece la típica cabeza barbada o desnuda mirando a la derecha, con torques al cuello, de un arte más o menos tosco, acompañada por uno o dos delfines, arado y palma o espiga, y la leyenda del reverso abreviada UA o AUTA. Los reversos representan el jinete celtibérico con lanza o con espada y la leyenda UARAKOS con signos ibéricos, que ofrecen algunas variantes.

“Son, sin embargo, las emisiones con elementos poco extendidos, sobre todo los anversos con palma y delfín (Teitiakos, Sekobirikes y Kelin), o los reversos con jinetes armados con espadas, cuño difundido entre las cecas de Ba(r)skunes, Teitiakos, Bentian y Arsaos, los que permiten reducir el área de posible ubicación de la ceca Uarakos, desde un punto de vista estilístico, a una zona fronteriza que cubre el sur de Navarra y La Rioja, ámbito en el que pudieron recogerse las influencias vascónicas y celtibéricas, y desde luego muy ligado iconográfica, epigráfica, lingüística y metrológicamente a la ceca de Teitiakos, cuya ubicación exacta desconocemos, pero que con seguridad hay que buscarla en el alto Ebro”¹⁷.

“El importante número de monedas de Uarakos en La Custodia (Viana), su probable dispersión por otros enclaves de la región, de donde proceden sin duda los ejemplares depositados en el Museo de Navarra, y la uniformidad en cuanto a la territorialidad de las grandes cecas presentes, unido a los da-

¹⁴ VIVES, A., *La moneda hispánica*, Madrid, 1924, t. I, 10 9, y II, lám XLVI.

¹⁵ MARTÍN VALLS, R., op. cit. p. 268. LABEAGA MENDIOLA, J.C., “Las monedas de Uaracos y Calagurris en el poblado berón de La Custodia, Viana (Navarra). Comentario sobre su cronología”, *Berceo*, 118-119, Logroño, 1990, pp. 131-148.

¹⁶ BELTRÁN, A., “Notas sobre las acuñaciones ibéricas en Navarra”, *I Congreso General de Historia de Navarra*, t. 2, PV, Pamplona, 1986, p. 344.

¹⁷ DOMÍNGUEZ ARRANZ, A., *Las cecas ibéricas del Valle del Ebro*, Zaragoza, 1979, p. 321, en MARTÍNEZ CLEMENTE, J., op. cit. p. 69.

tos lingüísticos, metrológicos, estilísticos, hace que cobre solidez la ubicación de esta ceca en el yacimiento vianés.

Las normales sospechas que pudieran plantearse por la situación de Uarakos en La Custodia, al aceptar que la derivación del nombre indígena al latín es Vareia, perfectamente definida en la actual Varea, fueron despejadas con el comienzo de los trabajos arqueológicos en el barrio logroñés, debido a la total ausencia de niveles celtibéricos bajo el asentamiento romano. Admitido el principio de la unidad de topónimo y la dualidad de hábitat parece haber quedado resuelto ya a favor de La Custodia (Viana, Navarra) el asentamiento berón, después de haberse descartado sucesivamente los emplazamientos propuestos de Varea y Monte Cantabria.

Aunque carecemos de documentos que nos informen sobre el nombre y el enclave, La Custodia reúne todas las condiciones para ser sede de la ceca. Tiene el rango de ciudad y arqueológicamente se ha demostrado que fue contemporánea de las cecas del Valle del Ebro, de las que se han constatado la presencia de un extraordinario circulante, y de los acontecimientos de la conquista, con un importante nivel de incendio probablemente de época sertoriana. Es además el yacimiento preponderante del área berona¹⁸.

El gran volumen numismático de Ba(r)skunes en La Custodia, 36 ases y 16 denarios, el mayor hallazgo en la zona de su posible ceca, ha llevado a algunos autores a pensar en este poblado como su posible centro emisor¹⁹, por los escasos ejemplares de estas monedas aparecidas en Pamplona y sus alrededores donde tradicionalmente se sitúa su ceca.

Aunque la ceca Uarakos acuñó poco numerario, sin embargo, se caracteriza por una gran diversidad en series y emisiones. Teniendo en cuenta las monedas que ofrecen caracteres comunes, han sido divididas en tres grupos.

El grupo 1º, el más numeroso y probablemente el más antiguo, muestra la evolución artística en sus distintas series, pues los cuños se van degradando y esquematizando hasta la tosquedad. Se caracteriza por el jinete lancero del reverso. El anverso, además del rostro, dispone en unos casos de la leyenda abreviada del reverso UA y de dos delfines, en otros de la leyenda AUTA, problemático letrero que, al parecer, no tiene relación con el reverso, y que puede referirse a la abreviatura del etnónimo Autrigones, o a una marca de valor o de emisión. En las series más degeneradas los rostros desnudos están flanqueados por una espiga, que sustituye a la leyenda, y un delfín.

El grupo 2º constituye un grupo propio muy ligado a los tipos vascones y se caracteriza por la inclusión del arado y del delfín acompañando a la cabeza del anverso. El jinete al galope del reverso empuña una espada. En una serie desaparece del anverso el delfín y tan sólo permanece el arado.

El grupo 3º, ligado al grupo anterior, se define por la orientación de la cabeza del anverso hacia la izquierda, con el arado o sin él, y el jinete del reverso portando la espada.

Los pesos de las 22 monedas oscilan entre 8,2 gr. y 11,2 gr., una parte de ellas se acercan al patrón ibérico 9,91 gr. A comienzos del siglo I a. C. el pe-

¹⁸ MARTÍNEZ CLEMENTE, J., op. cit. p. 70.

¹⁹ CEPEDA, J.J., *Moneda y circulación monetaria en el País Vasco durante la Antigüedad s. II a.C. - V d.C.*, Bilbao, 1992, p. 156.

so del as se estabiliza entre 8,50 y 9 gr. Sus diámetros oscilan entre 27 mm., caso excepcional, y los 24 y 25 que son los más constatados (Fig. 519).

Catálogo monetar de la Ceca de Uarakos								
N.º	Serie	Anverso	Reverso	Peso	Diámetro	Cufios	Procedencia	Referencia
1	1A1	B. Dch. T. Ue 2DR	L. Dch. S. Uarakos				No consta	Vives, 1
2	1B1	B. Dch. T. Ue DR	L. Dch. S. Uarakos	8,8 gr	25 mm	8	La Custodia	Labeaga, 1
3	1B2	B. Dch. T. Ue DR	L. Dch. S. Uarakos	9 gr	24 mm	8	No consta	Guadán, 705
4	1B3	B. Dch. T. Ue DR 7	L. Dch. S. Uarakos	8,2 gr	24,5 mm	12	La Custodia	Labeaga, 4
5	2A1	B. Dch. T. Aute DR	L. Dch. S. Uarakos	10,1 gr	24 mm	12	La Custodia	Labeaga, 2
6	2A2	B. Dch. T. Aute DR 7	L. Dch. S. Uarakos	9 gr	25 mm	11	La Custodia	Labeaga, 3
7	2B1	B. Dch. T. Aute DR	L. Dch. S. Uarakos				No consta	Vives, 2
8	2B1	B. Dch. T. Aute DR	L. Dch. S. Uarakos	9 gr	24 mm	8	No consta	Guadán, 704
9	2B2	B. Dch. T. Aute DR	L. Dch. S. Uarakos	9 gr	25 mm	12	No consta	Labeaga, 1
10	2B2	B. Dch. T. Aute DR	L. Dch. S. Uarakos	9 gr	25 mm	12	No consta	Labeaga, 5
11	3A1	B. Dch. T. Pl. DR	L. Dch. S. Uarakos				No consta	Vives, 3
12	3A1	B. Dch. T. Pl. DR	L. Dch. S. Uarakos	9,8 gr	24 mm	1	La Custodia	Labeaga, 6
13	3A2	B. Dch. T. Pl. DR	L. Dch. S. Uarakos	9,8 gr	24 mm	12	No consta	Labeaga, 4
14	4A1	B. Dch. T. Ar. DR	E. Dch. S. Uarakos				No consta	Vives, 4
15	4A2	B. Dch. T. Ar. DR	E. Dch. S. Uarakos	10 gr	27 mm	11	No consta	Labeaga, 3
16	4B1	B. Dch. T. Ar. DR	E. Dch. S. Uarakos				No consta	Vives, 4
17	4B2	B. Dch. T. Ar.	E. Dch. S. Uarakos				No consta	Vives, 5
18	4B2	B. Dch. T. Ar.	E. Dch. S. Uarakos	9,6 gr	24 mm	12	La Custodia	Labeaga, 5
19	4B3	B. Dch. T. Ar. DR	E. Dch. S. Uarakos	8,5 gr	22 mm	7	No consta	Guadán, 706
20	5A1	D. Izd. Ar.	E. Dch. S. Uarakos	9 gr	23 mm	9	Fluz	Vives, 7
21	5A1	D. Izd. Ar.	E. Dch. S. Uarakos	11,2 gr	23 mm	11	No consta	Labeaga, 2
22	5B1	D. Izd.	E. Dch. S. Uarakos				No consta	Vives, 8

Orientación: Dch. = Derecha - Izd. = Izquierda	
Ornamentación:	
Anverso:	Reverso:
B. = Borla	L. = Jirón con lanza
D. = Dama	E. = Jirón con espada
T. = Torso	S. = Leyenda sobre el escudo
A. = Arado	B. = Leyenda bajo el escudo
Dr. = Dado	
Pl. = Palma	

Fig. 519.

“A los ases de Uarakos se les asigna un impreciso periodo emisor ligado a las guerras sertorianas para atender las necesidades económicas generadas por la contienda. Podemos afirmar de manera segura que las emisiones son posteriores al 82 a. C. cuando comienza a acuñarse con el nuevo patrón semiuncial romano, aunque algunas piezas se acercan más a patrones ibéricos propios. Uarakos se sumó así, con casi un siglo de retraso, a la lista de cecas, algunas de ellas situadas en su entorno más inmediato, con emisiones imitadas de escasa tirada, siempre en bronce, metal poco operativo en el comercio interregional, donde fue sustituido por la plata, y sin divisores”²⁰.

²⁰ MARTÍNEZ CLEMENTE, J., op. cit. p. 72.